

ANTONIO PUENTE MAYOR

EL TESTAMENTO DE

SANTA

TERESA

algaida



Primera edición: 2015

© Antonio Puente Mayor, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-224-2

Depósito legal: SE. 137-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| INTROITO | 13 |
| 1. EL HALLAZGO | 21 |
| 2. PRUDENTIA | 30 |
| 3. UNA LLAMADA INESPERADA | 36 |
| 4. LAS CASUALIDADES NO EXISTEN | 41 |
| 5. ÁVILA, 1936 | 49 |
| 6. PRIMERAS PESQUISAS | 57 |
| 7. FORTALITIA | 64 |
| 8. SÓLO FALTA NINO ROTA | 70 |
| 9. MÁLAGA, 1936 | 78 |
| 10. CONFIDENCIAS CON CHOCOLATE | 84 |
| 11. UNA NOTICIA BUENA Y OTRA MALA | 90 |
| 12. TEMPERANTIA | 98 |
| 13. MÁS LEÑA AL FUEGO | 104 |
| 14. RONDA, 1936 | 112 |
| 15. EL PASADO SIEMPRE VUELVE | 118 |
| 16. IUSTITIA | 130 |
| 17. UN CORAZÓN ATRAVESADO | 138 |
| 18. RONDA, 1936 | 147 |
| 19. ¿TE APETECE UNA ESCAPADA? | 153 |
| 20. MÁLAGA, 1936 | 162 |
| 21. PASO A PASO | 167 |
| 22. FIDES | 177 |

| | |
|--|-----|
| 23. EL HILO DE LA MADEJA | 185 |
| 24. MÁLAGA, 1936 | 194 |
| 25. ALGO NO ENCAJA | 206 |
| 26. CHARITAS | 212 |
| 27. BELLE ÉPOQUE | 220 |
| 28. EL MUNDO ES UN PAÑUELO | 230 |
| 29. RONDA, 1936 | 243 |
| 30. DEO PATRUM NOSTRORUM | 252 |
| 31. COMO CAÍDO DEL CIELO | 259 |
| 32. MÁLAGA, 1937 | 269 |
| 33. LOS LÍMITES DE LA TEMERIDAD | 278 |
| 34. SPES | 288 |
| 35. MÁS LEÑA AL FUEGO | 294 |
| 36. MÁLAGA, 1937 | 308 |
| 37. DE LO DIVINO Y LO HUMANO | 316 |
| 38. MÁLAGA, 1937 | 324 |
| 39. AL BORDE DEL PRECIPICIO | 334 |
| 40. MADRID, 1973 | 348 |
| 41. EL CÍRCULO SE CIERRA | 357 |
| EPÍLOGO | 368 |
| APÉNDICE | 377 |
| EL TESTAMENTO DE SANTA TERESA. UNA HISTORIA NADA CASUAL | 379 |
| AGRADECIMIENTOS | 397 |

*Para mi bisabuela,
ejemplo de lucha y sacrificio,
cuyo espíritu sobrevuela estas páginas*

*Aunque no hubiese ninguna otra prueba, simplemente
el pulgar me convencería de la existencia de Dios.*

ISAAC NEWTON

*Un poco de ciencia aleja de Dios, pero mucha
ciencia devuelve a Él.*

LOUIS PASTEUR

Lo más increíble de los milagros es que ocurren.

G. K. CHESTERTON

INTROITO

*St. Agnes of Bohemia,
Little Village, Chicago,
17 de julio de 2005*

UNA SOLA FRASE BASTÓ PARA QUE EL TIEMPO SE DETUVIESE. De repente, todas las almas que poblaban la gran nave central contuvieron el aliento y escudriñaron el espacio con estupefacta curiosidad hasta confluír con sus miradas en un mismo punto. Allí, en un extremo de la iglesia, emergiendo entre las vitrinas atestadas de piezas sacras y el pulular tranquilo y a la vez incesante de los visitantes que accedían por la entrada principal, como una fugaz quimera, se alzaba una figura. Nada en ella habría resultado particular de no ser por la expresión de un vecino gesto, cercano al paroxismo, que asomaba a su espalda conteniendo el aliento tras pronunciar aquellas poderosas palabras...

Minutos antes Edgardo Díaz, el guía voluntario reclutado por los responsables de la archidiócesis de Chicago para los católicos de origen hispano, acababa de dar paso al penúltimo grupo de la tarde. Desde que se abriera la exposición a las ocho de la mañana, los visitantes se afanaban en algunas de las más significativas pruebas materiales de la devoción cristiana. Entre otras curiosidades los asistentes podían observar un minúsculo vestigio de la muerte de Cristo en forma de *lignum crucis*, supuestas espinas de la corona que le fue impuesta durante su

duro castigo así como otros rastros de la cruenta pasión. También había un espacio dedicado a los apóstoles, con pequeños restos óseos de San Pedro, Santiago el Mayor o Judas Tadeo. E incluso un insólito relicario conteniendo muestras de cabello de la Virgen María.

La exitosa muestra era fruto del esfuerzo de un equipo de especialistas capitaneados por el abogado y coleccionista norteamericano Thomas J. Serafin, que desde el *Apostolate for Holy Relics* se esforzaba por preservar y extender el culto de las reliquias en el orbe católico. Y aunque la institución sin ánimo de lucro había llegado a reunir más de mil doscientas piezas en apenas dos décadas de vida, lo expuesto en la parroquia dedicada a Santa Inés se resumía en ciento veinte supuestos vestigios al servicio de la fe.

Dos días antes del evento y cuando se disponía a echar un vistazo a la prensa mientras tomaba el desayuno —sin duda en busca de algún cotilleo sobre *celebrities* que le permitiera evadirse de su intensa actividad como enfermera y cuidadora a tiempo completo— Graciela Reyes descubrió la noticia en una de las páginas centrales del *Chicago Tribune*. Al parecer el padre Claudio, antaño su confesor y «cura de la familia», estaba preparando una exposición de objetos relacionados con Jesús y algunos de los santos más relevantes de la historia, y esta sería visitable durante toda la jornada del domingo. Por tanto ya tenía la excusa perfecta para volver a su barrio años después de su última visita. De hecho conforme avanzaba en la lectura de los detalles del evento iba sintiendo más la necesidad de acudir a la parroquia el fin de semana y por tanto planear la forma de reencontrarse cara a cara con su pasado.

Si alguien le pedía explicaciones por arrancar a su paciente del confort de su residencia en el centro para adentrarse en las entrañas del West Side no tenía más que responder con una piadosa mentira. De sobra estaba ella al tanto de los gustos y

creencias de la persona a la que llevaba atendiendo con esmero y profesionalidad más de una década, y aunque hacía un lustro que había perdido casi totalmente la conciencia de la realidad, Graciela era única proporcionándole aquellos escasos estímulos que aún mantenían su cuerpo y su mente ligados a este mundo.

Por eso una vez alcanzada la jornada dominical ya sólo había esperar el momento adecuado para poner rumbo a La Villita, nombre popular con el que se conocía esa zona de Chicago mayormente habitada por comunidades de hispanos. Así que la mexicana aferró sus dos manos a la silla de ruedas y tras desactivar el freno con disimulado entusiasmo comenzó a empujar con brío en busca de la salida.

Treinta minutos más tarde un taxi amarillo se detenía en el 3555 de la West 26th Street, donde un gran establecimiento hacía esquina con la South Central Park Avenue, la calle que albergaba la iglesia. El hecho de que Graciela hubiese pedido al taxista —un hombre de color de aspecto taciturno y reservado— que los dejase exactamente allí y no en la puerta de St. Agnes obedecía a su deseo de pasar justo por delante del comercio que se alzaba ante ellos. Este se asentaba en un edificio bastante austero revestido de ladrillos rojizos y con un gran cartel de letras en mayúscula sobre fondo gris destacando un nombre en castellano:

LA CHIQUITA SUPERMERCADO & TAQUERÍA

Cuando la enfermera hubo descendido del vehículo y se disponía a preparar la silla de ruedas para ubicar en ella a su paciente, sus ojos se encontraron con el rótulo y, sin poderlo evitar, el corazón le dio un vuelco. Apenas un año y dos meses atrás, muy cerca de esa fachada, había tenido lugar un hecho trágico que le había cambiado la vida para siempre. Por eso Graciela, una vez que hubo

cerrado la puerta del taxi y guardado el monedero en el bolso, se acercó lentamente hasta la entrada del negocio y cerró los ojos por un momento, tratando de evocar el momento exacto en que recibió la aciaga noticia de boca de un policía. Su hijo Héctor, de apenas 19 años —su único hijo—, había sido asesinado a sangre fría por un traficante de drogas que se había dado a la fuga. Y lo más triste es que no le sorprendió lo más mínimo. El chico llevaba meses sin llamarla ni aparecer por casa después de que descubriese los asuntos turbios en que andaba metido.

Ese día no hubo lágrimas, ni siquiera un grito o un lamento. Simplemente dio las gracias al agente que se desplazó hasta su puerta, se acercó hasta el cuarto de baño, tomó un cepillo del cajón y comenzó a desenredarse el pelo tratando de no perder el equilibrio.

Desde entonces no había vuelto por La Villita ni había permitido que nadie de esa zona se le acercase ni tan siquiera para consolarla. Si algo tuvo claro en el momento en que Héctor fue arrancado de su vida era que, una vez más, permanecería sola. Sola había afrontado el embarazo mientras el padre de su hijo se buscaba la vida trabajando en un club nocturno como camarero. Sola se encontraba cuando este desapareció un día sin dejar rastro y sola tuvo que salir adelante cuando la criatura vio la luz una noche de invierno entre los sollozos y la angustia de su joven madre. Lo que ocurrió después fue una sucesión de acontecimientos afortunados que, a modo de compensación por su trayectoria anterior, quiso regalarle el destino. Entre ellos un puesto de trabajo decente, el traslado de sus cosas hasta un flamante apartamento en Near South, y ver crecer a su vástago sano y fuerte, disipando todos los fantasmas. Hasta que ese mismo destino imprevisible decidió golpearla de nuevo. Y esta vez de manera definitiva.

Dos minúsculas lágrimas resbalaron por sus morenas mejillas llamando la atención de un señor mayor que salía del supermercado portando grandes bolsas llenas de comida. Graciela es-

bozó una ligera sonrisa tratando de tranquilizar al anciano y, como si hubiese liquidado sus cuentas pasadas de una vez por todas, volvió a tomar las riendas de la situación encaminándose con su acompañante calle abajo hasta las mismas puertas del templo. Estas se encontraban bastante animadas con casi un centenar de personas aguardando en la cola para acceder al interior. Parecía que la idea de la muestra había calado entre los vecinos y otros muchos curiosos que se habían desplazado hasta el lugar para dejarse sorprender, independientemente de sus credos.

Tras esperar un buen rato a que les diesen paso, un joven parroquiano ataviado con una camisa blanca impoluta y unos pantalones azul marino les requirió para formar parte del nuevo grupo que iniciaría la visita guiada. Según les explicó, esta duraría unos cuarenta y cinco minutos y al final dispondrían de un rato para rezar o seguir deambulando por la iglesia a su ritmo. Ese día los oficios religiosos de la tarde se trasladarían a otro templo del barrio, pues la expectación creada por la muestra había superado todas las previsiones de los organizadores.

Nada más cruzar el umbral a Graciela le pareció que viajaba treinta años atrás, precisamente al día en que atravesó esas puertas junto a un puñado de niños, desprendiendo el dulce aroma de la ilusión más inocente, para recibir su primera comunión. Aquel era probablemente uno de los recuerdos más hermosos que atesoraba en su ya dilatada memoria. Y aunque había visitado en otras muchas ocasiones aquel edificio de amplias proporciones y arquitectura ecléctica (cómo olvidar el bautizo de su hijo bajo aquellas bóvedas un primero de marzo), en esta ocasión sentía una emoción renovada, como si aquellas paredes enlucidas la reclamaran para ponerse en paz con Dios y, quién sabe, si con ella misma.

Siguiendo la ruta marcada por Edgardo, el guía voluntario, y tras comprobar que la persona a quien cuidaba se encontraba a gusto en aquel lugar, la enfermera posó los ojos en el

primer objeto curioso que tuvo delante. Una porción de madera no demasiado grande de lo que pudo ser la mesa del cenáculo, sobre la cual Jesús tomó el pan y el vino junto a sus discípulos para instituir la eucaristía horas antes de su ejecución. Al escuchar esta explicación de boca del voluntario, un joven de piel casi transparente y pelo rojizo soltó una carcajada de incredulidad. Algo que no gustó a su acompañante femenina, una chica bajita con el pelo recogido en una trenza, que no tuvo reparos en propinarle un codazo en el estómago y agriar el gesto cuando este trató de pedirle explicaciones con la mirada.

A continuación el grupo escuchó con interés el relato de Flavia Julia Helena, la madre del emperador romano Constantino, cuyo viaje de peregrinación a Tierra Santa había permitido, según la leyenda, rescatar muchas de aquellas piezas en torno al siglo IV de nuestra era. A ella le debíamos por ejemplo que la cruz de Cristo, así como otros objetos sagrados relacionados con su Pasión y Muerte, estuviesen en manos de la Iglesia. Y todo ello merced a una búsqueda incansable por las calles de Jerusalén que la condujo hasta un siniestro judío conocedor del secreto. Alguien a quien poco importaban las ansias de la emperatriz y cuya colaboración sólo fue posible bajo una férrea amenaza. Una vez señalado el lugar procedieron a la excavación, saliendo a la luz tres posibles candidatas a ser la Vera Cruz. De cómo supieron cuál era la auténtica existían diferentes versiones. Una relataba que fue gracias al *titulus*, aquel famoso cartel que colocado sobre el *stipes* (o palo vertical del patíbulo), que indicaba el nombre del reo condenado a la pena capital. Dicho de otro modo el archiconocido I.N.R.I., que según los evangelios también aparecía escrito en griego y arameo.

Sin embargo una versión mucho más extraordinaria recogida en el siglo XIII por Jacopo da Varazze evocaba un particular modo de averiguar cuál de las tres cruces pertenecía al Galileo y cuáles por tanto a Dimas y Gestas, los dos ladrones que lo acompañaron en el Gólgota. Esta narraba cómo una expeditiva Santa Elena mandó detener la comitiva de un entierro y, tras

acercar los maderos al fallecido y comprobar que este volvía a la vida para delirio de sus familiares y acompañantes, supo cuál era el verdadero.

Dicho esto algunas personas pegaron sus rostros al cristal de la vitrina para observar con sumo detalle aquellas anti-guallas, tratando quizás de buscar la respuesta a sus muchos interrogantes. Tanto que Edgardo hubo de llamarles la atención y, a continuación, requerirles para continuar con la visita.

Transcurrido un buen rato de recorrido entre fracciones de historia y reductos de un pasado casi legendario, los visitantes dispusieron por fin de unos minutos de tiempo libre para seguir deteniéndose en aquellos expositores que más les habían llamado la atención. Y mientras algunos intentaban capturar fotografías furtivas con sus pequeñas cámaras hábilmente camufladas —la organización prohibía tomar instantáneas de los objetos—, Graciela ubicó la silla de ruedas en un extremo de la parroquia, sacó una botella de agua del bolso y procedió a mojar los labios de su paciente. A continuación miró su teléfono móvil, que había silenciado un rato antes de entrar, para comprobar que no había recibido ninguna llamada durante la visita y, cuando se disponía a guardarlo, un rostro familiar se acercó hasta el lugar donde se encontraba.

No podía ser otro que el padre Claudio, aquel hombre de Dios que había significado tanto en su ya resquebrajada vida espiritual. El mismo que estuvo presente en los momentos más importantes de su existencia, siempre ligada a la religión de sus padres, y aquel que trató de consolarla en las pérdidas de sus seres más queridos. El bueno del padre Claudio, cuya aparición inesperada le produjo un sentimiento de culpa por no haber respondido a sus llamadas durante el último año, tras el trágico fallecimiento de su hijo.

La reacción de su amigo no pudo ser más contraria a lo que esperaba en esos momentos. Ni un solo reproche, ni un sutil co-

mentario acerca de su progresivo alejamiento de la parroquia en los últimos tiempos, ni tan siquiera una palabra acerca de Héctor. Únicamente una mirada llena de ternura, dos brazos abiertos en claro gesto paternal y un abrazo cálido, sensible y afectivo, como hacía tiempo que no recibía. Visto lo cual, y como movido por un resorte que le subiera desde el estómago hasta la cabeza con la fuerza de la lava próxima a erupcionar, un llanto incontrolable hizo presa en sus ojos, vaciando de pena y rabia su conciencia, y relajando sus músculos sobre el hombro piadoso del sacerdote.

Treinta segundos bastaron para que Graciela presintiera que algo no marchaba bien. Por ello se separó suavemente del padre Claudio, giró la cabeza hacia el lugar donde había ubicado la silla de ruedas y vio algo que la hizo estremecerse. Sin saber cómo ni porqué el asiento que ella misma había desplazado con mimo se encontraba vacío, sin rastro alguno de su ocupante.

Instintivamente se dio la vuelta, sin dar explicaciones al religioso, y avanzó unos pasos hasta alejarse completamente de él. Entonces, durante una fracción de tiempo casi imperceptible pero que resultó suficiente para ella, sintió brillar una luz a escasos metros. Una ráfaga efímera y poderosa que inundó su cerebro antes ocupado por las evocaciones más profundas de su existencia. Algo casi sobrenatural que la instó a clavar la mirada en aquel punto de la sala para divisar una figura imposible, un perfil insondable cuya postura, de pie y erguida ante la percepción de todos, supondría un hecho ilusorio e inverosímil para las mentes más objetivas.

Por eso, sin poder contener la emoción que la sobrecogía desde el último rincón de sus entrañas, Graciela, la atenta enfermera mexicana que llevaba una década cuidando de aquella persona postrada y sin atisbo de mejoría, hizo acopio de fuerzas, reunió de un modo irrefrenable todos los resquicios de su aún latente pasado espiritual, y gritó con todo el vigor que aún albergaba su alma: «¡Es un milagro!».

1. EL HALLAZGO

*Archivo General de Simancas, Valladolid,
3 de diciembre de 2010*

DEFINITIVAMENTE CARLA MOLINA ESTABA PREDESTINADA a ser feliz.

De otro modo el azar no habría puesto en sus manos ese valioso manuscrito cuyo tacto le erizaba la piel y que, con la debida suerte, podía cambiar el rumbo de su investigación, de su trayectoria académica e incluso de su existencia.

Tal vez su vida privada no fuese precisamente un cuento de hadas. Desde niña soñaba con ese príncipe azul que toda mujer idealiza en sus juegos, aquel que aparecería tarde o temprano como de la nada para rescatarla del torreón oscuro de su soledad. El mismo que la subiría a su caballo para trasladarla hasta un lugar mágico y ajeno a los problemas del mundo; que la colmaría de atenciones y caprichos de toda índole y que, en suma, la transformaría en una mujer dichosa hasta el preciso momento en que el libro blanco de su existencia incluyese la palabra «fin».

Pero por desgracia los años pasaban. La infancia, adolescencia y primera juventud se quedaban atrás y el rostro de su esquivo príncipe no se parecía en nada a los de los chicos que revoloteaban a su alrededor y flirteaban con ella. Ni tan siquiera para sus primas, las compañeras de estudios o sus amigas, cuyas

experiencias amorosas no eran mucho mejores que la suya. Así que Carla, cuyas aspiraciones estaban a la misma altura que sus sueños, invirtió por una vez su escala de valores, cerró la caja de sus fantasías con una gruesa capa de indiferencia, y con el resultado obtenido comenzó a dejarse llevar, sola, sin mayor compañía que su propia sombra, mientras se dedicaba en cuerpo y alma a la otra pasión de su vida: su carrera académica.

De ese modo concluyó la licenciatura en Historia con una media de sobresaliente, se matriculó en los cursos de doctorado de la Universidad de Salamanca y comenzó a preparar con ahínco el proyecto de su tesis. Y así entre curso y curso, mientras superaba las asignaturas con una facilidad pasmosa, dejando boquiabiertos a profesores y alumnos, conoció a Ángel. Por supuesto nada que ver con la imagen masculina formulada años atrás en plena efervescencia imaginativa. Ni tan siquiera una aproximación a los héroes de las novelas que tanto la cautivaban en los meses posteriores a los exámenes y cuya intensa lectura le sustraía incontables horas de descanso nocturno. Más bien era otra cosa.

Lo cierto es que Carla se dejó conquistar e hizo todas las tonterías que se le suponían a una mujer enamorada (y mucho más que eso): dio de lado a sus amigos, comenzó a faltar a las clases y a desechar sus aspiraciones profesionales para dedicarse a él por entero. Pero no siendo suficiente un buen día tomó una decisión clave que revolucionaría su mundo. Preparó una maleta con sus cosas, dijo adiós a la universidad y, contra la opinión de todos, se fue a vivir al País Vasco con apenas veintitrés años.

A los seis meses de llegar a Hondarribia e instalarse en la casa de su chico junto a su madre —una viuda de agrio carácter a la que no gustó desde el primer momento—, esta comenzó a sufrir desvanecimientos y en cuestión de semanas le fue diagnosticado un tumor cerebral que se la llevó en menos de un suspiro. Desde ese momento la relación amorosa no volvería a

ser la misma. Mientras Carla se esforzaba por animar a su pareja para que superase el duro revés, él se hundía más y más en la desesperación, siendo infructuosos todos y cada uno de los esfuerzos de la joven.

Cada mañana ella madrugaba y se afanaba por tener todo a su gusto. Nunca había pretendido ser una ama de casa propiamente dicha, pero la necesidad la había empujado a realizar las tareas propias del hogar con total abnegación. Iba a la compra, preparaba recetas sacadas de viejos libros de cocina, lavaba y tendía la ropa y recogía la casa sin desaliento. Pero nada era suficiente para Ángel. El hueco dejado por la *ama* era insustituible y así se lo hacía ver a su novia a cada momento, primero rechazando sus gestos de cariño y más adelante poniéndole faltas a todas las tareas que esta realizaba. Por fin, una tarde de verano en que paseaban por la playa de Getaria la chica no pudo más y tras la enésima discusión de la semana se armó de valor para dejarle las cosas claras a su novio. De seguir así terminaría haciendo la maleta y volviéndose a Salamanca. Él, tras comprobar que Carla iba muy en serio, utilizó todos los recursos a su alcance para rogarle que no lo hiciera, prometiéndole de inmediato que cambiaría, que buscaría un trabajo —los ahorros de sus padres no durarían para siempre— y que intentaría pasar página. Ella quiso creerle, le dio otra oportunidad y efectivamente, tal como le aseguró en su paseo frente al mar, la situación se normalizó. Volvieron a salir, a disfrutar el uno del otro, a extraer lo positivo de cada momento y a amarse como nunca antes lo habían hecho.

Todo iba tan bien que una mañana de domingo, cuando ambos estaban en la cama desperezándose tras una larga noche de diversión por los bares de la zona, él le propuso algo que la dejó fuera de juego. Ya que su relación era más sólida que nunca, que la familia de ella por fin estaba de su parte y que el futuro se presentaba bastante prometedor —con un negocio propio en el horizonte—, había llegado el momento de dar un paso al

frente para consolidar su unión. Y este paso no podía ser otro que el de convertirse en padres.

Al oír esto Carla se quedó de piedra. Por alguna extraña razón la persona con la que compartía su vida y por la que había apostado todo definitivamente parecía haber madurado. Y aunque en un primer momento le costaba hacerse a la idea de quedarse embarazada, sus más de veinticinco años y la ilusión por este nuevo proyecto la hicieron dejar a un lado las dudas y responder afirmativamente con una sonrisa tierna en los labios. Ya sólo quedaba ponerse manos a la obra y confiar en la suerte. Algo que tan sólo les llevó unos minutos, cuando los besos y las caricias dieron paso a la acción bajo el mágico desorden de la funda nórdica.

Los días pasaron, el invierno dio paso a la primavera, esta al verano y de ahí a las navidades... y vuelta a empezar. Pero cada mes, cuando se cumplían los plazos y la joven seguía sin quedarse embarazada, se iba apagando una luz en la lámpara de sus anhelos. Ella seguía los pasos marcados por el ginecólogo como una niña obediente y dispuesta; se cuidaba, llevaba una vida tranquila y sosegada, y él se esforzaba por cubrir todas sus necesidades. El escenario era perfecto, las condiciones idóneas, el modo de vida saludable, pero el hijo no llegaba.

Al año y medio Ángel le propuso a Carla acudir a una clínica de reproducción asistida en Bilbao. Ella, una vez más, respondió afirmativamente sin rechistar. Las primeras pruebas fueron muy positivas. Ambos eran aptos para concebir y, según la opinión de los médicos, tarde o temprano la chica quedaría encinta de modo natural. Lo mejor era tener paciencia y esperar unos meses. Muchas parejas pasaban por lo mismo y la mayoría lo lograban por sus medios, sin ayuda extra de ningún tipo. No obstante las ansias de Ángel por ser padre pudieron con las recomendaciones de los expertos y, sin apenas oposición por parte de Carla, iniciaron los trámites para ponerse en manos de la ciencia. Ninguno podía imaginar que ese sería el principio del fin de su relación.

El primer fracaso llegó con la inseminación artificial. Ya que la chica no presentaba dificultades aparentes para ser madre los médicos optaron por este método. Quizás con un pequeño empujoncito la ilusión de Ángel se viera recompensada. Pero la cosa no funcionó. Luego probaron con la fecundación in vitro, pero los óvulos de Carla —que a la vista del microscopio resultaban óptimos— una vez eran tratados en el laboratorio y se implantaban en el útero detenían su desarrollo sin más. Luego vino la inyección intracitoplasmática, poniendo especial atención en los espermatozoides, que con buen criterio fueron morfológicamente seleccionados y de nuevo implantados, pero sin éxito. Los médicos seguían confiando y exigían paciencia, pero esto era precisamente lo que no les quedaba en los bolsillos.

Al final, después de años de intentos, de miles de euros dejados en el camino, de incontables desencuentros con gritos por parte de él y noches de llanto por parte de ella, Ángel y Carla arrojaron la toalla, y de ahí a la ruptura sólo hubo un paso. Una mañana de julio, aprovechando que Ángel había salido con unos amigos a hacer surf en la Zurriola, Carla preparó la maleta, dejó una carta encima del mueble de la entrada, y se fue hasta la estación de Irún para tomar un autobús que la llevara a Madrid.

La primera llamada no se hizo esperar, tal y como ella había calculado. Al haber huido de un modo tan precipitado decidió optar por palabras suaves, dejando la puerta abierta a la reconciliación y tratando de exponer su necesidad de alejarse un tiempo; pero él no quiso entenderlo. Luego, tras el cambio de táctica en que incluso tuvo el descaro de inmiscuir a sus padres, ella fue algo más áspera, pero aun así se contuvo para no hurgar más en la herida. La definitiva tuvo lugar en forma de *email*, con una retahíla de insultos de mal gusto, reproches de toda índole y la acusación que más daño hizo a la joven, la de no haberle amado nunca ni desear realmente ese hijo. Tras esto Carla decidió cortar por lo sano. Cambió su número de teléfono, puso al

tanto de la situación a todos sus allegados y se dispuso a esperar la reacción de él. Pero al ver que los días pasaban, que Ángel no llamaba a amigos o conocidos para preguntar por ella y tampoco se presentaba en Salamanca para quemar sus últimas naves, simplemente se relajó y trató de recuperar su antigua vida, empezando por invertir, casi diez años después, esa escala de valores que nunca debió tocar.

Una vez que hubo encontrado acomodo en un avejentado edificio de la calle Libreros, no lejos del edificio histórico de la Universidad y dedicado por entero a residencia de estudiantes, la chica cumplió con el protocolo necesario para volver a retomar su proyecto de tesis. Visitó a los responsables del departamento en la facultad de Geografía e Historia, se hizo con los documentos pertinentes y tras acordar un plazo con su antiguo tutor se dedicó en cuerpo y alma a redactar un índice justificado de su investigación.

A las dos semanas, cumpliendo escrupulosamente con lo pactado, la joven apareció de nuevo por el edificio universitario provista de una subcarpeta con varios folios, una sonrisa de oreja a oreja y varios años menos en el espíritu. Si algo tenía de positivo el haber interrumpido durante una década su brillante carrera académica era el poder reiniciarla con nuevos bríos, mayor sabiduría y conocimiento intelectual así como una madurez superior a la de la muchachita que salió corriendo hacia el norte sin pensar en las consecuencias.

Don Horacio Matías Rey —el profesor Matías para ella— la recibió con los brazos abiertos, como cualquier padre que, aun conociendo las faltas de sus retoños, los acoge en el seno del hogar con calidez y sin recelo. Para él, que no tenía hijos y cuya existencia se resumía en sus clases de Historia Moderna, sus seminarios de doctorado, sus aportaciones al equipo de investigación del departamento y alguna que otra escapada a su casita rural en la Peña de Francia para descansar junto a su mujer y los octogenarios padres de esta, el que Car-

la Molina Velasco, una de las alumnas más brillantes que habían pisado las aulas, volviera a reclamar su ayuda, le hacía sentirse vivo. ¡Cuánto había cambiado el perfil medio del estudiante desde aquel curso en que vio alejarse a su prometedora pupila!

Desde el primer momento ella fue franca. Deseaba poner los cinco sentidos en aquella tarea y olvidarse de su vida anterior, por lo que el tiempo no suponía ningún problema. Su intención era comenzar cuanto antes y disfrutar del camino sin establecer forzosamente una meta en el calendario. Matías aceptó el trato y guardando el proyecto de su alumna en su sempiterna cartera de cuero marrón la despidió con dos besos en las mejillas en señal de bienvenida, antes de que esta retornara al bullicio salmantino de la calle Cervantes.

Poco después, ya en la soledad de su casa, el profesor volvió a sacar los folios y a colocarlos encima de la mesa del despacho. La sola idea de dirigir la tesis de esa alumna le entusiasmaba, y mucho más al conocer el tema sobre el que deseaba investigar: *Cristóbal de Moura y la crisis sucesoria en Portugal (1580)*. Lo que no sabía es que ese trabajo jamás vería la luz merced a una curiosa pirueta del destino.

* * *

Aquel crudo viernes de diciembre Carla volvió a atravesar los amplios pasillos del castillo con el frío metido en los huesos pero con la ilusión intacta del explorador que intuye que algo extraordinario está a punto de suceder. Sólo llevaba cuatro noches pernoctando en la antigua villa de Simancas, un pequeño municipio de la provincia de Valladolid donde se ubicaba el primer archivo oficial creado por la Corona de Castilla en el año 1540. La idea de desplazarse hasta allí se la dio un experimentado bibliotecario que en su juventud pasó una larga temporada entre esos muros, trabajando como becario, mien-

tras preparaba sus oposiciones a funcionario del Estado. Si deseaba conocer de primera mano los más valiosos documentos sobre los Austrias ese era el lugar más idóneo, sin duda.

Matías no pudo estar más de acuerdo, así que la chica buscó un hostel barato donde pasar una semana y puso rumbo a su destino cargada con un ordenador portátil, algo de ropa y una mochila llena de entusiasmo hasta los bordes.

Tras cuatro días enfrascada en la búsqueda y lectura de varios cientos de legajos de los siglos XVI y XVII repletos de elegantes trazos muchas veces ininteligibles —nunca se imaginó que aquel curso de paleografía realizado poco antes de marcharse al País Vasco le serviría tanto en el futuro—, la última jornada pensaba dedicarla a clasificar la tarea y revisar una última remesa perteneciente a la sección del Patronato Real, una de las más valiosas del edificio, que contenía documentos pertenecientes a los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Precisamente la relación de este último con Fernando Álvarez de Toledo, el Gran Duque de Alba, era uno de los aspectos centrales de su investigación, por lo que invirtió buena parte de la mañana en revisar la documentación acerca de la campaña bélica de Portugal y la posterior estancia en Lisboa de este importante personaje castellano. Y fue precisamente ahí donde, sin ningún motivo aparente, Carla encontró el documento que cambiaría el devenir de su carrera.

Oculto entre unos simples informes de cuentas, protegido de las miradas curiosas bajo siglos de oscuridad y dispuesto a emerger de su letargo desde su inefable cápsula del tiempo, se encontraba un sencillo manuscrito redactado sobre un trozo de papel de escasa calidad, seguramente reutilizado. Nada en él podía adivinarse excepcional a los ojos de un inexperto. Sin embargo para alguien nacido en la provincia de Ávila, con amplios conocimientos en el Siglo de Oro y una pasión inusitada por la mística española, ese insignificante escrito era algo más que un retazo de historia olvidada.

Redactado por una mano desconocida con pulso inseguro y trazo mediocre en apenas diez líneas, lo más llamativo era su firma: esbelta, poderosa, totalmente alejada en estilo y forma del resto del texto y que únicamente podía haber salido de la pluma de esa mujer extraordinaria a la que admiraba tanto como a su propia madre.